



## A manera de presentación

*Kóot* es la primera revista salvadoreña dedicada a la museografía, antropología, historia, arqueología y a la difusión del patrimonio nacional. Por su naturaleza, pretende ser un nexo de comunicación entre la comunidad científica, los profesionales y estudiantes dedicados al estudio, conformación de museos y para aquellos interesados en la comprensión, difusión y puesta en valor del patrimonio tangible e intangible. Este número dedica especial atención a la dimensión social de tráfico ilícito de bienes culturales, pero también a la dimensión social de los museos.

En sí, el objetivo fundamental de este tercer número de *Kóot* es el de poder recoger en sus páginas todas aquellas tendencias museológicas que se desarrollan en el panorama nacional e internacional de los museos, con la finalidad de convertirse en un canal de difusión y comunicación.

Se presenta un análisis de los proyectos museográficos más recientes y lo más preocupante de estos, pero además se rinde un homenaje a reconocidos profesionales nacionales a través de la recuperación de figuras históricas o el reconocimiento de trayectorias humanas de especial relevancia en el campo museístico, incluyendo otras disciplinas que tienen que ver en concreto con el estudio y comprensión de la cultura en sus diferentes aristas que la conforman.

El arquitecto Rafael Alas Vásquez inicia el contenido de *Kóot* con el artículo “Museo-Edificio: una relación con nuevas perspectivas”, en el que comienza haciendo un recuento histórico de que en los últimos años el tema del museo y su edificio ha ganado una gran notoriedad. En su descripción afirma que, desde tiempos muy antiguos, los términos *museo* y *edificio* han estado íntimamente ligados. El término *museo* utilizado por los griegos ya viene asociado a la idea del edificio con el significado de “templo de las musas”. En los templos de esta cultura se guardaba el “tesoro” del dios respectivo, constituido por preciosos objetos y vestuarios de la deidad.

Alas rememora diciendo que “hay que recordar que el templo cristiano, desde los primeros tiempos, comienza también a acumular en su interior valiosos objetos artísticos, hecho que sobresale en la Edad Media, ya que dentro de las grandes catedrales ocupaban un lugar destacado las piezas artísticas que por su valor no estaban accesibles al público [...]. Los museos tienen una función importante no solo como instrumentos de educación, sino también en cuanto a su papel de agentes propiciadores de una conciencia de identidad cultural que alimente el sentido de pertenencia y responsabilidad colectiva y comunitaria”.

Por su parte, la ecuatoriana Tania García presenta el tema “Dimensión social del tráfico ilícito de bienes culturales”. En este interesante artículo, García nos introduce a la problemática del tráfico ilícito de bienes culturales, un problema latente hoy en día. Ella inicia la reflexión así: “Creeríamos que el tráfico ilícito de bienes culturales solo afecta a bienes muebles e inmuebles, es decir, objetos cerámicos, pinturas, esculturas, grabados, monedas, libros, textiles, tumbas, sitios arqueológicos y coloniales; retablos, ruinas de fortificaciones, cementerios, edificaciones y monumentos. Sin embargo, este no es el problema central que enfrentamos. Nos referimos fundamentalmente a la pérdida de la memoria colectiva como consecuencia de la depredación de los objetos simbólicos de pueblos y comunidades”.

García se refiere a la complejidad del fenómeno y analiza en su artículo, en concreto, tres aspectos: el primero relacionado con la cadena de involucrados; el segundo, relativo a la manera de “legalizar” la posesión de bienes culturales patrimoniales de procedencia dudosa, y el tercero corresponde al análisis de las sociedades o el entorno, que de una u otra manera pueden ser permisivos ante este tipo de delito. Sin más, un artículo actual que muy bien nos puede llevar a la reflexión sobre lo que también sucede en nuestro país.

Ricardo Ibarra Portillo, con su artículo “La Colección Nacional de Aves del Museo de Historia Natural de El Salvador: 40 años de ciencia”, nos introduce al mundo del mencionado museo, conocido por sus siglas como Muhnes. “Al entrar y recorrer la exhibición de aves del Muhnes, muy probablemente los visitantes, mientras contemplan las diferentes especies montadas en los dioramas y con sus rótulos informativos, no dimensionen qué hay más allá o del porqué de estos diseños, cuánta gente está involucrada en que tal ave esté en un bosque o que otra haya sido puesta en el suelo o caminando a la orilla del agua”, afirma Portillo Ibarra. “Todo este trabajo es producto del conocimiento que se tiene de las aves mismas, ya sea mediante libros de consulta

como guías de campo y volúmenes más especializados o de las aves como tales. Asimismo, de los datos que aportan al ser colectadas, como el estado de su plumaje, el contenido estomacal y los parásitos que poseía, entre otros más. En este sentido, la recolecta o colecta científica es importante, aunque también es un proceder comúnmente mal visto y, por ende, mal interpretado por el público en general e incluso por algunos profesionales en la materia ya que se juzga el acto de quitarle la vida a un ser vivo solo para guardarlo en un museo sin utilidad evidente.”

Sin embargo, las colecciones de fauna, flora, minerales, fósiles y muchas cosas más, constituyen un verdadero tesoro para todo país ávido de conocer y conservar su patrimonio natural, pues, bajo una efectiva administración, las colecciones científicas son la columna vertebral en diversas aplicaciones al momento de tomar decisiones y llevar a cabo proyectos, líneas base, planes o programas. Es por esto que en su artículo Ibarra Portillo da a conocer a todo interesado en la ciencia y conservación, en El Salvador, la información contenida en el Muhnes. Al artículo es, además, el producto final de la coordinación que del 2004 al 2007 se realizó entre la Dirección General de Patrimonio Natural del Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales y la Dirección del Muhnes para tener acceso al acervo científico y con ello digitalizar los datos de los especímenes.

“Pactos, conflictos y papeles: los museos y la prensa”. Así se titula el artículo de la cubana Lourdes Carbonell Hidalgo. Esta académica parte de que “las funciones de los museos y la prensa tienen una coherencia que constituye a la misión de ambos: la construcción de un sistema de valores profundamente asimilados por la sociedad en defensa de la identidad. Este proceso es metodológicamente organizado por las instituciones museísticas que regulan la preservación de las herencias sociales, que luego son promovidas por diferentes vías donde la eficacia muchas veces radica en el papel que asume la prensa como promotora de un diálogo en el que el individuo ve reflejadas sus maneras de ser y sus prácticas culturales”. Y es que, desde esta perspectiva, los museos y los medios de comunicación deben de jugar un papel estratégico y complementario en esa tarea de promover, por medio de la difusión especializada de la cultura de los museos, la identidad. Naturalmente que para ello, en otros contextos, fuera de Cuba deben de existir buenos y bien formados comunicadores culturales. El artículo de Carbonell Hidalgo nos induce a la reflexión.

Por su parte, el también cubano Máximo Gómez Castells, con su artículo “Museo alternativo-participativo, un modelo frente a la hegemonía cultural” nos reconfirma que “urge pensar en las condiciones y contenidos producidos en aras de evitar la producción de discursos cuya interpretación provoque una identificación con un status de distinción que esté instalando una perspectiva hegemónica no desde la política, sino desde el ámbito de lo cultural”. E insiste en que “desde la década de los años ochenta existe un enfoque de intervención social. Se presenta para los museos urgida de una responsabilidad con su entorno, que abandona el pensamiento hacia el interior y lo coloca en la comunidad vista como contexto de actuación”. Gómez Castells, apoyándose en Kennet Hudson, afirma que “si los museos no consiguieran responder al cambio social y reflejarlo, dejarían de justificar el apoyo público”. Y es que, para este especialista, “la sostenibilidad de la institución por el Estado está condicionada a su capacidad de participación en los problemas sociales”.

“Museos, desarrollo y cambio: la reacción de los ‘espacios banales’”. Con este título, el brasileño Cícero Antonio F. de Almeida participa en este número. De Almeida parte de que los museos cambiaron o están en movimiento. Entre los cambios más importantes verificados en los últimos años está el aparecimiento de las iniciativas espontáneas de la creación de nuevos museos, nacidos a partir de la articulación de los movimientos populares organizados, que no eran más únicamente conducidos por los poderes públicos. Una explicación para tal fenómeno es que los museos pasaron a ser vistos y reivindicados como un derecho esencial —hasta el día de hoy, en su gran mayoría, negado—, como un espacio contemporáneo de participación y de reacción. La pregunta que con justificada preocupación se hace De Almeida es: “¿Hasta qué punto podemos relacionar los museos, al desarrollo y los cambios sociales?”. El académico opina que, “para reflexionar sobre esta relación, debemos empezar por preguntarnos sobre el carácter axiométrico”. Es decir, la dirección que esto conlleva. Pero De Almeida se pregunta además: “¿Cuál es el concepto de desarrollo que estamos utilizando? ¿Cómo los museos se articulan con los cambios sociales en curso?”. No hay duda de que el tema es absolutamente contemporáneo e instigador, y sirve para proporcionar indicadores para el trabajo que deben desempeñar los museos en el siglo XXI.

José Heriberto Esquicia Cruz, brinda el tema “El elemento estético indígena y/o prehispánico en el patrimonio artístico salvadoreño como expresión de la identidad nacional”, donde nos hace ver que durante el período colonial his-

panoamericano muchos elementos estéticos prehispánicos, tales como símbolos, distintivos, emblemas, imágenes e iconos, eran parte de esa gama de componentes que se visualizaban en la arquitectura, la escultura, la pintura y en general en muchas de las expresiones artísticas que, como tal, eran parte de la admiración que se tenía de lo antiguo, pero también eran parte de la expresión de aquellos indígenas que depositaban y plasmaban su etnicidad en dichas obras. Mientras que para el siglo XX, cuando se estaba edificando el Estado salvadoreño moderno, el elemento estético indígena y/o prehispánico en las expresiones artísticas jugó un papel diferente del que se manifestaba en el antiguo régimen colonial.

Erquicia es de la tesis de que ese papel jugaría más tarde lo indígena, ya sea este arqueológico o folclórico, y que posteriormente se volvería en lo campesino —costumbrista o mágico— y muchas veces en lo rural —pobre, desprotegido y excluido—, ha pasado por una serie de etapas hasta nuestros días. Por supuesto, todo esto es el vivo reflejo del contexto histórico-social que ha ido desarrollándose a través del tiempo en la sociedad; en torno a lo que se expresa claramente en el patrimonio artístico salvadoreño, como claro referente de su identidad nacional.

Un tema aún inédito en nuestro país es el estudio del patrimonio subacuático. En este caso, el arqueólogo Roberto Gallardo nos ilustra con el interesante artículo “Registro y documentación del pecio “SS San Blas”. Playa San Blas. Departamento de La Libertad. El Salvador. Y es que, de acuerdo con Gallardo, “el tránsito de buques a vapor en el océano Pacífico entre 1850 y 1900 fue un fenómeno histórico descomunal en América, y marca la época de oro en la navegación con máquinas de este tipo. Durante este período se establece un complejo sistema de transporte y comunicación que une los continentes, y constantemente se rompen marcas de tiempo en viajes marinos. Este fenómeno náutico fue vital para el desarrollo industrial y económico de muchos países en el continente americano. La gran cantidad de productos que eran transportados por estos buques, incluyendo el café, así como miles de pasajeros con diversas profesiones, contribuyó a la formación e industrialización de las naciones en América. El papel vital de los buques de vapor para la formación de El Salvador como nación y como país en desarrollo no ha sido tema de análisis profundo, y amerita estudio para conocer sobre estas naves marinas que fueron los medios de transporte y comunicación más importantes durante casi todo el siglo XIX y principios del XX”.

No obstante, con el objetivo de documentar y proteger este pecio —afirma Gallardo— es necesario realizar un proyecto de arqueología subacuática que incluya delimitar el área que comprende el sitio arqueológico para una protección efectiva. El involucramiento de la comunidad es de vital importancia para salvaguardar el patrimonio; y en este caso Gallardo afirma: “Este proyecto debe tomar en consideración el contacto y comunicación con las comunidades locales, incluyendo a los propietarios de los negocios frente al pecio, y en especial los ostreros y pescadores que extraen fragmentos de metal y objetos. Esta es una parte clave del proyecto, ya que el peligro inmediato que enfrenta este sitio arqueológico es el saqueo y depredación por parte de estas personas que buscan el sustento diario. Una acción inmediata podría ser enviar notificaciones oficiales a las autoridades del puerto de La Libertad, incluyendo el alcalde, la Policía Nacional Civil y la Fuerza Naval, informándoles sobre la importancia de este sitio y que actualmente se encuentra protegido bajo la Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural. También sería muy conveniente notificar al lugar donde se compra el hierro extraído y evitar que el metal proveniente del pecio sea comprado”.

Compartimos con Gallardo el hecho que “el ‘San Blas’ es el único patrimonio subacuático identificado en el departamento de La Libertad hasta ahora, y su importancia histórica así como potencial turístico apenas se empieza a descubrir. Por último, es necesario hacer conciencia sobre la importancia del patrimonio cultural subacuático y la necesidad de protegerlo para las futuras generaciones”. En buena hora.

*Crónicas de Cuzcatlán-Nequepio y del Mar del Sur*, de Pedro Escalante Arce, es un libro de historia —como muy bien lo describe el autor— escrito en parámetros tradicionales, con profusión de datos e investigación en fondos documentales y bibliográficos de España, México, Guatemala, Nicaragua y El Salvador, así como en Washington D.C. y la biblioteca del Congreso. Es una compilación de estudios y comentarios sobre diferentes aspectos de la historia colonial de las provincias salvadoreñas y del Reino de Guatemala en general, algunos de los cuales ya el autor había tratado en obras anteriores. En *Crónicas...* se pone el acento en temas relacionados con el siglo XVI, con la presentación de aspectos históricos que no habían recibido la importancia que revisten, o no mencionados por los historiadores.

Se trata de un panorama que en mucho es novedoso y desborda en su temática la ruta tradicional trazada por los antecesores salvadoreños en esta materia. El

mismo nombre *Nequepio* suscita alguna extrañeza para quienes han visto el título de la obra. No se trata más que del nombre con que se conocía la parte de Cuzcatlán. Hay varias descripciones geográficas que hacen coincidir ese nombre con el Cuzcatlán nahua-pipil, además del uso común que se hizo de él en León, Nicaragua. Se le ha dado la explicación etimológica de “tierra extraña”. *Crónicas de Cuzcatlán-Nequepio y del Mar del Sur* ha sido el fruto de un buen esfuerzo y de mucha investigación por varios años. Una obra muy particular en su género, que viene a enriquecer la literatura histórica sobre los siglos de la monarquía española en las provincias salvadoreñas.

Sin más, este tercer número de *Kóot* es, sin lugar a dudas, un aporte que ha reunido el producto de la investigación de estudiosos, con el único objetivo de contribuir a la reflexión, para la generación de conocimientos útiles en el desarrollo de la sociedad.

***Dr. Ramón D. Rivas***

Director del Museo Universitario de Antropología  
Universidad Tecnológica de El Salvador  
Editor de la revista de museología *Kóot*.

San Salvador, octubre de 2012

